

VIEJOS PUEBLOS ETERNOS.¹

El título que lleva uno de los escritos de Don Andrés Montero Flores en esta miscelánea que tiene como pretexto la tierra y las gentes de Ahuacatlán, la “capital prehispánica del sur de Nayarit” y que aquí he puesto como cabeza, bien podría darnos idea cabal del contenido de las páginas que siguen.

Ellas, al modo de gambusinas del pasado, rastrean las huellas –unas apenas perceptibles y otras sonoras y fuertes—del paso largo de la humanidad por los surcos de esta tierra, la del fuego ardiente del volcán del Ceboruco, “monstruo horrible del mundo” a decir de Don Bernardo de Balbuena en 1602, la de los surcos abiertos al maíz que al modo de las cigarras imploran tantas veces el agua, la de los gigantes legendarios que comían niños.

Las huellas más antiguas son casi mudas. Pues los vestigios de los petroglifos y los conjuntos pétreos que dan idea de antiguos cultos religiosos de índole cósmica así como de la vida de comunidades humanas, dan a quien hoy se acerca a ellas más un legado de preguntas y conjeturas que de respuestas de evidencia. En esta realidad, sin embargo, se encuentra su señera fascinación, pues son entonces los relatos ancestrales, la memoria que se inserta en la niebla de los tiempos y lo que ha guardado el corazón de los viejos, los elementos que le dan coherencia a lo que parece incoherente y atan a las generaciones de hoy con las que fueron. El acercamiento a las tumbas, a las cerámicas de vida cotidiana y de ceremonia, a los petroglifos que hablan más del cielo que del mundo cercano van atando nuestra estancia en el mundo con la de ellos y nuestros anhelos de eternidad y altura con lo que ellos vislumbraron. Por ello, no se trata de “tepalcates” inútiles o de “basura arqueológica” sólo apreciada por extravagantes, sino de un tesoro que más que precio tiene valor.

Los artículos de Montero Flores y sus ilustraciones fotográficas, se acercan también a etapas posteriores: la del Evangelio recién desempacado por los hijos de San Francisco, alimento y bálsamo para el trauma psicológico y físico de la conquista; la de las casas de barro que hacen pensar: “si los adobes hablaran...” Pero, ¿no hablan? Yo creo que sí, pero lo que falta es quien acerque a ellos el oído para escuchar sus alegrías, sus lamentos, sus certidumbres y sus dudas. Si las huellas antiguas son casi mudas y no por ello han de ser marginadas, las de los siglos no tan lejanos –el XIX y el XX—poseen una

¹ Líneas introductorias al texto de Andrés Montero Flores, *Historia arqueológica descriptiva del señorío de Ahuacatlán como capital prehispánica del sur de Nayarit. Ahuacatlán: “La quinta toma”. El perfil olvidado.*

voz elocuente que merece ser escuchada. Para ello el arqueólogo, el etnólogo, el historiador y el cronista, antes que su instrumental científico, han de aportar, como servicio a la humanidad de cerca y de lejos, el entusiasmo y el ánimo de servicio que brotan de su propio interior, consonantes con la Palabra que estaba ya presente en el alba del mundo.

“Viejos pueblos eternos...” De eternidad es el mensaje de este documento salido del cariño a la tierra del Don Andrés Montero. Es de agradecer el esfuerzo y el resultado.

Jala, Nayarit, 16 de noviembre de 2012.

Manuel Olimón Nolasco.

De la Academia Mexicana de la Historia.



olimon.org

manuel olimón nolasco

historiador

